LOS DESPEDAZADOS

A la plancha muda y fría,
a la plancha tenebraria del fatídico anfiteatro,
van llegando día a día
—como en lenta caravana, como en trágica teoría—
los vencidos de la vida, en el grande y negro teatro. . .
En sus lívidos esbozos
se reflejan vagamente las tormentas de su vida,
que en los últimos instantes dolorosos.
les dejó dentro del alma palpitante y honda herida,
Y los tiran sobre el mármol tenebrario
cual trastajos de enseñanza, cual exóticos escombros.
¡ Pobres parias ! que en su vida de calvario,
condujeron ilusiones y ternuras en sus almas,
y cargaron infortunios y esperanzas en sus hombros!
En sus caras—¡ tristes caras !
cenicientas, cardenosas, inmutables.

se transfunden sus pesares en diversas notas raras:
en sus ojos—dos abismos insondables—
empañados, cristalosos y entreabiertos,
se vislumbran nebulosos e inciertos
sufrimientos ignorados y visiones angustiosas;
algo así como las huellas de esperanzas destrozadas
por su vida de miserias espantosas!
Son sus frentes marchitadas
—yertas páginas—que cuentan,
apostrofan y lamentan
en sus mustias paralelas surcaciones,
sus aciagas amarguras
sus acerbas oblaciones,
y sus grandes, y profundas y perpetuas desventuras.
Sintetizan y refieren
desengaños, caracteres y martirios,
vicios, luchas, energías y delirios. . .
Y sus bocas,
arrugadas, contraídas como en un supremo esfuerzo
de expresiones postrimeras,
de recuerdos evocados, de sonrisas lastimeras,
son corolas marchitadas por el frío de la tumba.
son heridas
que sonrieron, que lloraron,
y besaron y quedaron abatidas
por el ósculo de hielo fie la Muerto redentora
que, a la luz asoladora
de sus lóbregas pupilas,
sus intensas pesadillas y sus horas intranquilas

acalló!

Y sus bocas,
narran penas, y desgracias y oraciones;
y retienen—por el último ronquido comprimidas—
horrorosas agonías y terribles maldiciones,
pedimentos postrimeros y postreras despedidas. . .
En la plancha muda y fría
los arrojan desgreñados y desnudos:
con las carnes impregnadas de los últimos trasudos
y a la luz que se difunde por las túrbidas ojivas,
se destacan sus siluetas repulsivas:
con el vientre amoratado,
boquiarriba y con el pelo
por la sórdida navaja del muertero, recortado.
Llega frío el escalpelo,
y sangriento despedaza:
y la mano carnicera del galénico estudiante.
arrancando las entrañas, y rompiendo los tejidos,
se solaza. . . . .
Con fatídicos chirridos
de la sierra, la bruñida dentadura,
las paredes de sus cráneos les tritura:
queda entonces, palpitador y parduzco,
el ovillo de los sesos
como lívido molusco.

Y después,
como carnes de destajo,
los arrojan en montón a la carreta.
que desfila lentamente, como cópola repleta
de piltrafas impregnadas de sangriento espumarajo.

¡ Pobres parias, sin hogar y sin amigos!
sin plegarias ni campanas en su muerte,
en su muerte solitaria de mendigos...
Pobres parias de la triste y negra suerte;
de la vida de convulsas vibraciones dolorosas:
Pobres parias—tristes seres olvidados—
que se ven despedazados,
y sin rezos, ni sollozos, y sin flores en sus fosas.
A la plancha muda y fría,
al horrible rastro humano
van llegando día a día.
como lenta caravana, como trágico rebaño,
los vencidos de la Vida,
náufragos del desengaño!